

Su muerte voluntaria, ¿fue súbita resolución fatalmente determinada por desengaños de amor? ¿sería premeditada y serena ruptura del vínculo que lo ataba á la vida, de la que nada esperaba? ¡Misterio! ¿Quién osaría señalar la causa cierta de aquel deplorable impulso autosicológico? Hay esto de cierto: que la vida le sonreía, que como estudiante teniase captada la estimación de sus maestros, y como poeta obtenía el aplauso de todos. Su vida habría sido un triunfo continuado. La rapidez, la fugacidad de su carrera no impidió dejara trazado hondo surco en nuestra literatura. ¡Cuán inspiradamente ha sabido interpretar nuestro célebre artista D. Jesús Contreras el momento supremo de Acuña! ¡Qué maravilloso símbolo del poeta suicida nos ofrece en el grupo, si idealmente concebido, magistralmente ejecutado, en que habla el mármol para denunciar el misterio!

Tiene D. Agustín F. Cuenca un título para ser mencionado en esta sinopsis: fué el precursor del *decadentismo*, y á él corresponde en rigor la alabanza ó el vituperio por haber introducido en nuestra poética aquella exótica doctrina.

Con D. Manuel Gutiérrez Nájera se rejuvenece y renueva la lírica nacional: espíritu de vasta comprensión, de gusto delicado, de flexibilidad admirable, de estro nada rebelde, antes fácil y accesible á la traducción de todas las armonías, alea el habla castiza con el estilo francés, ó, para servirnos de una vieja figura, hace pasar el aliento francés por la zampoña castellana, y crea, no una forma nueva, mucho menos una nueva escuela, sino da un nuevo giro á la dición poética, en el que, no obstante que se observan las reglas de la estructura española, se percibe el timbre de los novísimos poetas franceses. Hasta hoy Gutiérrez Nájera ha sido sólo aplaudido; aun no juzgado.

Fáltanos hacer mención de la poetisa, no carente de renombre, D.^a Josefina Pérez de García Torres, quien pulsó la lira con inspiración nada vulgar, y se le atribuye un caudal de saber raro en su sexo.

Y cerramos este capítulo de la lírica consagrando un homenaje de duelo á la memoria de dos jóvenes poetas, en quienes las letras cifraban grandes y legítimas esperanzas: D. José M. Bustillos y D. Fernando Juanes. La muerte, cómplice siniestro de su hermano más cruel y sin entrañas, «el tenebroso olvido, tirano fantástico y odioso al que están sometidas las cosas más bellas de la tierra,» que dijo el filósofo, no perdona ni aun las frentes juveniles unguadas para la inmortalidad.

LA ÉPICA

Este género de poesía, el más grandioso y soberano, no ha encontrado suelo propicio en la literatura nacional. Sólo tenemos noticia de un ensayo debido á la laboriosidad, más que á la inspiración, del literato y gramático distinguido D. José María Rodríguez y Cos. El poema *Anáhuac* nació con escasísima fortuna, y tan escasa, que puede asegurarse que fuera de la capital apenas si será conocido.

LA DRAMÁTICA

He aquí un género de cuyo cultivo, si no envanecemos, no tenemos de qué avergonzarnos. Nuestra dramática es rica, y no con mucho inferior en mérito á cuanto se ha producido en lengua castellana en los países en que dominó la vieja España. De las dos formas comprendidas bajo la denominación de «dramática,» la comedia ha llevado entre nosotros la mejor parte, no sólo en orden á su producción, sino á la calidad de ésta.

Aristofanesca en sus comienzos, ha ido puliéndose al compás mismo del adelanto de nuestra cultura. Con excepción de algunas piezas ligerísimas, no se ha limitado al gracejo y al chiste, sino que se ha mostrado con miras de trascendencia, ora ridiculizando vicios, ora haciendo la caricatura de errores ó preocupaciones sociales. Durante mucho tiempo nuestra comedia siguió, con varia fortuna, los patrones que nos venían de España en aquella época en que la fecundidad y la vis cómica de D. Manuel Bretón de los Herreros monopolizaban en el teatro risas y aplausos.

Con D. Adelardo López de Ayala, D. Manuel Tamayo y Baus, D. Luis de Eguilaz y D. Enrique Gas-

par se metamorfosea la escena española, y aquí acontece otro tanto, al influjo de la nueva orientación que imprime al teatro el espíritu francés.

El drama propiamente tal, la tragedia burguesa, como la llaman en Francia, halla cultivo en nuestra república literaria, aunque no predestinado á prosperar. Lo que de ella poseemos, cuando no es flojo, peca de inverosímil, ó versa sobre asuntos que no pueden interesarnos al vivo.

La dramática mexicana no nació en la capital, fué Guadalajara su cuna: allí tuvimos por nuestro primer dramaturgo á D. Fernando Calderón, quien, adolescente aún, reveló sus brillantes aptitudes para la poética que preside Melpómene. *Reinaldo y Elina*, su primer ensayo, fué recibido con estrepitoso aplauso, que sin duda lo provocó, más que el intento de celebrar el mérito de la producción, estimular al inspirado joven. Con igual éxito dió en seguida á la escena otros seis ensayos dramáticos, mas no hubo de recibir la corona de insigne dramaturgo, de manos de los doctos, sino cuando dió á conocer á *Ana Bolena*, *El Torneo*, *Hernani* ó *la vuelta del Cruzado*, dramas que le conquistaron popularidad sin competencia, en los que la viveza de las pasiones que animan la acción, el fuego y vigor con que son expresadas y la facilidad del diálogo, hacen de Calderón fundador y cabeza de nuestra dramática.

Los triunfos del ilustre jalisciense despiertan una cuerda de la lira de don Ignacio Rodríguez Galván, y al vibrar esa cuerda se revela privilegiado dramaturgo.

El *Muñoz*, *visitador de México*, es acogido con entusiasmo rayano en frenesí, y á él sigue: *El Privado del Virrey*, en el cual no decrece el mérito ya conquistado, antes lo acendra y enaltece.

Con Rodríguez Galván desaparecen aquí del Centro, por un lapso de tiempo no escaso, las aficiones á la producción dramática, que viene á hacer revivir el favorecido numen de D. Manuel Eduardo Gorostiza, trocado ya el puñal por la corona de hiedra.

Este insigne mexicano, hijo de la heroica ciudad de Veracruz, es, en cierta manera, como el reflejo de su tierra madre. Es ardiente y apasionado en cuanto afecta á los intereses de la patria, y por este capítulo, arde como la atmósfera que respiró al nacer y se agita, convulso de ira, como el mar á cuya orilla discurrió su infancia; como poeta, su inspiración fogosa se siente dominada por las prescripciones del arte, y no corre desbocada, sino que marcha á paso lento y majestuoso. Era ya una celebridad cuando recobró su país de origen. La escena española enorgulleciase de poseerlo y la culta capital de España habíale aplaudido sin reserva. Entró, pues, á su patria unguido ya príncipe de las letras. Y aun ganó mayor lauro: el de luchar como bueno en los campos de batalla por la honra y la integridad de la patria, después de haber sabido mantener como diplomático esa honra y esa integridad. Su fecundidad no fué la de un Lope de Vega, mas lo que produjo fué de la mejor ley, y de él para acá no ha habido en nuestro país y en la comedia quien lograra superarle, ni igualarle siquiera.



D. Fernando Calderón

Sus comedias, pasadas de moda, ya no se ven en la escena, mas la lectura de ellas basta para conocer su mérito, por la sencillez del plan, la gracia sin afeites del estilo, la pulcritud del lenguaje, exento de torpes equívocos, y por la fluidez con que se desarrollan y van á su desenlace.

Seis piezas originales fluyeron de la pluma del egregio patricio: *Tal para cual*, *Las costumbres de antaño*, *Don Dieguito*, *Indulgencia para todos*, *El amigo íntimo* y *Contigo pan y cebolla*, y un acomodo ó refundición del drama *Emilia Gaboti*, obra maestra del gran Lessing.

Mientras que en el Centro y en Occidente dormitaba el drama, manifestábase en Yucatán, y no de modo cualquiera, sino animado de altas tendencias reformistas y creadoras.

Tras la efímera, por más que estrepitosamente aplaudida producción de *Diego el Mulato*, drama en el que D. José Antonio Cisneros agotó los extravíos del romanticismo; luego que, por el estudio, sus bien equilibrados talentos le enseñaron la buena senda, maduro el juicio y disciplinado por la observación atenta de la vida en sus más íntimas manifestaciones, abordó la solución de un gran problema para la escena: la supresión del monólogo y del aparte. Y no se limitó á proclamar la teoría, sino que la expuso ejemplarmente por la obra misma. En 1861 dió al teatro casi sin interrupción los dramas: *Mercedes y Delicicio al crimen*, y nos parece que en 1862 *La mano de Dios*, sin monólogos ni apartes, victoriosa demostración de su tesis. El hecho no pasó sin crítica: un ilustrado yucateco, de recto juicio y no mezquina erudición, lo atacó indirectamente, proponiendo objeciones de orden psicológico. Esas objeciones miran más á las condiciones del medio que á la esencia del drama.

Cisneros condenaba el empleo del monólogo y del aparte por opuestos á la verdad, porque en los dramas de la vida real no hay apartes ni monólogos; su crítico defendía la necesidad de esos dos recursos por la conveniencia de dar á conocer á los espectadores el estado psicológico de los personajes en el momento dado. Bien visto todo, no viene á cifrarse más que en estos tres conceptos: el ingenio del autor dramático, el talento del actor intérprete y la cultura del medio, es decir, del público. Por algo en estos últimos años el eminente Henry Ibsen ha tratado de realizar lo que ya Cisneros puso por obra desde hace cuarenta años. Cisneros enriqueció, además, el teatro yucateco con las comedias: *El cuarto con dos camas*, *La muestra del paño*, *A Chan Santa Cruz* y *Matar el gato*, y el libreto de la zarzuela *Por huir del fuego*, en las que se mantuvo dentro de su tesis. En todas estas piezas acreditó que su musa sabía mariarse con Momo, cuidando siempre de hacer servir la burla á fines morales.

Sin afiliarse á la bandera del maestro Cisneros, D. Ramón Aldana, aventajado lírico, como dicho queda en su punto, produjo, en la capital de Yucatán y por el mismo tiempo, obras dramáticas que obtuvieron graciosa acogida, cuales son: *Honor y felicidad*, *Nobleza de corazón*, *Una prenda de venganza* y *La cabeza y el corazón*, en las que dió inconcusa muestra de poseer privilegiadas dotes para la dramaturgia.

Por la misma época, sobre poco más ó menos, D. Aurelio Luis Gallardo daba vida á la escena jalisciense con producciones dramáticas, más aplaudidas de lo que tal vez merecieran: *Abrojos del corazón*, *El Pintor de Florencia*, *La Hechicera de Córdoba*, *María Antonieta de Lorena* y *Los Mártires de Tacubaya*, drama de circunstancias este último, alusivo á un acontecimiento bien conocido y bien anatematizado de nuestra historia. Estas piezas se informaban por los modelos del excelso romántico D. Antonio García Gutiérrez y de D. Francisco Camprodón.

La egregia poetisa D.^a Isabel Ángela Prieto de Landázuri no agotó su numen en la lírica: tuvo también tributos para Talía y Melpómene. Regocijó á Guadalajara con la ingenua gracia de sus comedias, é hízola llorar con el patético sentimentalismo de sus dramas. La capital de Jalisco se regaló con: *Las dos flores*, *Oro y oropel*, *Abnegación*, *Un corazón de mujer*, *La escuela de las cuñadas*, *Los dos son peores*, *En el pecado del penitencia*, *Una noche de carnaval*, *¿Duende ó serafín?*, *Espinas de un error*, *El ángel del hogar*, *Un tipo del día*. *Un lirio entre zarzas* deleitó al público de esta ciudad de México, y aun, después de traducir el *Marion Delorme*, de Hugo, y *La Aldea*, de Feuillet, compuso, con la colaboración de D. Enrique de Oalavarría y Ferrari, la pieza de magia: *Sonar despierto ó la Maga de Ayodarie*.

Dos literatos son los únicos que en el Centro pagan tributo á la dramática: D. Pantaleón Tovar, cuya producción, excepto el drama *Una deshonra sublime*, que obtuvo cierta notoriedad, pasó inadvertida, y D. Fran-

cisco González Bocanegra, con el *Vasco de Gama*, cuyos versos, llenos de fogosidad, arrebataron á los espectadores.

El triunfo de la revolución de Ayutla, con derrocar el imperio de la tiranía, no pudo ser indiferente á la causa de la literatura, cuyas expansiones, ya no cohibidas, pudieron manifestarse con franqueza. Es cierto que el período de paz relativa que aquel triunfo produjera, fué de bien corta duración, mas la suficiente para que las letras tomaran su desquite del régimen de opresión á que las había tenido sometidas la dictadura del general Santa Anna. Este reposo pasajero dió ocasión á que la literatura floreciera y fructificara en todos sus géneros, y muy principalmente en el teatro, al que llevó las galas de su inagotable ingenio D. Vicente Riva Palacio, asociado á su fiel Acates D. Juan A. Mateos. Juntos dieron vida á una serie de dramas y comedias

que fueron recibidas con señaladísimo favor, sin que la abundancia de la producción cansara el público aplauso. Fueron los dramas: *Odio hereditario*, *El abrazo de Acatempa*, en el cual la figura de relieve, como ya se adivinará, es el excelso patriota don Vicente Guerrero, abuelo de Riva Palacio; *La hija del cantero* y *Copa y espada*; y las comedias: *Borrascas de un sobretodo*, *La político-mania*, *Temporal y eterno*, *El incendio del portal* y *El uno por ciento*, todas producidas en un espacio no mayor de cuatro años.

Como ya lo asentamos al tratar de la lírica, la restauración de la República tuvo para nuestra literatura toda la entidad de una palingenesia. Por seis años había tronado el marcial cañón, en una guerra en que nuestra habla misma corría el riesgo de perderse, y hubiérase podido pensar que las patrias letras iban á sucumbir; mas de ellas habríase dicho lo que de la poesía dice Regnier: «Algunas veces parece que va á morir, pero es eterna y no puede morir nunca; duerme y es su sueño como los de la Bella Durmiente del Bosque, de los que despierta cada vez con vida más intensa.»

Tal pasó con todos los ramos de nuestra literatura, que, sin excepción de la dramática, fueron cultivados con amor, con desinterés absoluto, por el solo atractivo de sus encantos. Como este capítulo no se extienda al estado actual de nuestras letras, nos limitaremos á mencionar las dos obras más notables que han animado á nuestro teatro, calificativo que únicamente se refiere á la producción de los poetas que ya sufrieron la tiranía de la inexorable, *El álgebra del corazón*, drama de D. Emilio Rey, cuya aparición en la escena fué saludada con las demostraciones más entusiastas, y *El Pasado*, de D. Manuel Acuña, en el cual el soberano lírico no descendió de su pedestal, antes ensanchó los horizontes de su fama. Como en todo cuanto de Acuña brotaba iba impresa su personalidad, su modo de ser, sus convicciones de filósofo y sus maneras de artista, su drama suscitó discusiones y juicios contrapuestos, de que da cuenta la prensa de la época, y de los que salió como oro pasado por el crisol.



D. José Antonio Cisneros